

Dios da la ventura a quien la procura

Domingo 30 ordinario 2012 B

El Evangelio de Marcos me tiene cautivado en su sencillez y en su candor. Hoy nos presenta uno de los detalles ocurridos a Cristo ya en las últimas cuando se dirigía hacia Jerusalén, donde encontraría la muerte. Está saliendo de Jericó, una ciudad privilegiada, distinguida con un clima excepcional, y con una vegetación exuberante. Y ahí a la salida, al borde del camino, rodeado de mucha gente, va Jesús, quizá con la preocupación de lo que le ocurriría en la fría y despiadada Jerusalén. Ahí precisamente se encontraba un ciego, Bartimeo, al borde del camino, pidiendo limosna para sobrevivir. La expectación por la llegada de Jesús llegó hasta el ciego. No veía, pero sí oía la algarabía que se formaba en torno al Maestro. Y aquél hombre sintió que era la oportunidad de su vida y se puso a gritar desaforadamente, con todas sus fuerzas, gritándole a Jesús su nombre y su apellido: "Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí". Aquí debemos aludir a la triste, tristísima condición humana, pues los que iban con Cristo, quizá los mismos discípulos, ¡Que vergüenza!, quisieron callar al ciego, a lo mejor porque lo distraería y ellos querían un milagro, o una curación o un consuelo, olvidados de la necesidad ajena. Así somos los humanos, nos pensamos que nuestra necesidad es única, que nuestro problema es el que tiene que ser atendido y que los demás pueden esperar. Lo vemos en cualquier fila que se forma. Quisiéramos ser los primeros y hacemos lo posible por conseguirlo.

Pero el ciego sabía ante quién estaba, y redobló sus gritos, aun exponiéndose a que lo patearan, pues así de aguerridos eran los que rodeaban a Cristo. Y de tal manera se oían los gritos, que Cristo "mandó" que lo llevaran a su presencia. ¡qué extraños somos los hombres. Los que antes gritaban y pateaban al ciego, ahora quisieron tomarlo y llevarlo a su presencia. Pero ocurrió algo sumamente simpático. No sé por qué en este momento pienso en el Chapulín Colorado, porque aquél, hombre, arrojando su manto que de servía de protección, de cobija, de almohada, de un salto se puso en pie y se colocó delante de Cristo. No tenía la vista pero sus piernas y su cabeza estaban prestas para situarse ante quien sería su protección y su ayuda. Y ya frente a Cristo, éste tomó la iniciativa y le preguntó qué deseaba. ¿Se pueden imaginar con qué ardor le diría aquél hombre a Cristo que lo único que deseaba era ser curado y poder ver por primera vez en su vida? Y correspondiendo a su fe, Cristo le concedió la vista y el hombre que sintió un fuerte calor en sus ojos, al instante recobró la vista y pudo alabar al Señor y decidido emprendió el camino con Cristo dejando la comodidad y el clima benéfico de Jericó para subir con Cristo hasta el monte calvario.

¿El mensaje? ya mis lectores habrán hecho su propia consideración. Necesitamos la fe grande y sincera del ciego y su generosidad para seguir a Jesús, gritando como lo hace el recién nacido aunque rápidamente traten todos de callarle y como lo hace el que sabe que está ante su Salvador y Redentor, retomando al profeta Jeremías: "canten de alegría por Jacob, regocíjense por el mejor de los pueblos, proclamen, alaben y digan: El Señor ha salvado a su pueblo...yo los congreco desde los confines de la tierra, entre ellos vienen el ciego y el cojo...vienen llorando, pero yo los consolaré y los guiaré a torrentes de agua por un camino llano en el que no tropezarán".

Que así pase con nosotros, y que guidos por Cristo, con nueva luz en nuestros ojos, seamos nosotros los que lejos de oponerse al encuentro con Cristo, **podamos ser guías de nuestros propios hermanos, rumbo a la casa del único Dios, el Dios de Jesucristo el Salvador.**

El Padre Alberto Ramírez Mozqueda espera sus comentarios en alberami@prodigy.net.mx